Leonardo Polo, *Curso de teoría del conocimiento*. Tomo III

Eunsa, Pamplona, 2ª ed., 1999, 355 págs.

Sale a la luz la segunda edición del tercer tomo del *Curso de teoría del conocimiento*. En él se inicia el estudio de la prosecución intelectual desde la operación incoativa (la abstracción), que ya había sido anunciada en la última lección del tomo II. La Introducción del presente volumen es, a mi juicio, junto con la primera lección del tomo I, uno de los textos más interesantes para adquirir una visión de conjunto de las intenciones y el alcance del *Curso*. En ella se emprende de modo neto una continuación de Aristóteles, autor en el que, desde el principio, se inspira declaradamente la obra. Dicha continuación exige también, en opinión del autor, ciertas rectificaciones. Algunas de las más importantes se refieren al papel de los hábitos de la inteligencia y del intelecto agente. Por otra parte, se aborda la compatibilidad entre la prosecución, que es una exigencia de la axiomática, y la constancia, que es una de las notas de la presencia mental.

El autor propone que existen dos modos de seguir conociendo a partir de la abstracción, que parten de la declaración de insuficiencia del abstracto, permitida por el conocimiento habitual: el abstracto es, de una parte, insuficiente en la medida en que no satura nuestra capacidad de conocer y, de otra, en cuanto que no aporta un conocimiento exhaustivo de la realidad. La prosecución que sigue a la primera de estas declaraciones, que recibe el nombre de prosecución negativa, es la que va a constituir el tema predominante de este tomo.

El autor pasa revista al tratamiento de este tipo de operaciones en la historia de la filosofía. Se estudian los problemas que suscita la negación en la filosofía griega y en la medieval, pero sobre todo se presta atención al modo en que la usan algunos autores modernos, posteriores a la crisis nominalista. Para Polo, en la modernidad, son las operaciones que corresponden a este tipo de prosecu-

ción las que predominan, hasta el punto de que se llega a intentar pensar con ellas los temas de la metafísica (que sólo puede abordarse de acuerdo con la otra prosecución, que el autor denomina racional). De este modo se incurre en errores por la incongruencia entre el método y el tema.

También se comienza a abordar el estudio del logos u operación unificante, que se ampliará en el tomo IV, una vez expuestas las operaciones racionales. En la última lección se estudia la facticidad. Sus tres últimos apartados, que se refieren a uno de los sentidos de ésta, el que representa el cuerpo considerado desde la presencia mental, ofrecen interesantes sugerencias de la teoría del conocimiento a la antropología acerca de las relaciones alma-cuerpo y la muerte.

Una de las notas más señaladas de este tomo es la profundidad con que se expone el pensamiento de algunos autores. Algunas de las aportaciones y soluciones capitales de San Anselmo, Eckhart, Descartes, Leibniz, Kant, Hegel, entre otros, son consideradas a la luz de la axiomática. El vigor de este punto de vista se revela en su capacidad para explicarlas desde dentro, sin recurrir a descalificaciones apresuradas y captando la relevancia de sus descubrimientos. También se presentan nuevas indicaciones acerca de la historia de la filosofía griega; entre ellas, una cierta valoración positiva de la sofística en cuanto crítica al colapso parmenídeo de la metafísica.

En conjunto estamos ante uno de los textos más importantes del autor, que se muestra como fruto de una de las más penetrantes y fecundas investigaciones en torno al conocimiento humano de las que han visto la luz hasta la fecha.

José Ignacio Murillo